

NACIMIENTO DE UNA EXPERIENCIA

Una apacible tarde del año 60. En el Colegio del Huerto, funcionaba por aquellos días el Instituto del Profesorado del Consejo Superior de Educación Católica. Yo dictaba clases de dibujo y pintura a las futuras maestras jardineras. Una inesperada visita rompió la monotonía obligada de las atareadas alumnas. Se trataba de la Rda. Madre Alicia a quien yo conocía. Hacía un tiempo que me estaba buscando para hacerme una invitación, una propuesta: dictar clases de títeres en un nuevo Profesorado de Jardín que comenzaría a vivir bajo su experta dirección; algo nuevo para la Universidad del Salvador.

La Madre Alicia entró en la clase, se hizo presentar y me explicó rápida pero muy claramente lo que quería.

Esa era su gran habilidad. Hablaba claro y preciso, y es por eso que la respuesta debía ser clara y precisa también. Secreta satisfacción me produjo esa inesperada invitación, sentí

un toque mágico en mi más profunda sensibilidad. Pero mi única reacción real fue la duda. Duda por varios motivos. ¿Podría haber alguien a quien le interesaran los títeres para utilizarlos como apoyo eficiente en la enseñanza? La persona que así pensaba tendría que ser muy particular. Seguramente debía tener la sensibilidad tan agudizada como para que la sonrisa de un muñeco la sorprendiera, y además debía saber demasiado sobre los diferentes destinos de los títeres para quererlos usar con fines que no estaban en la mente de la generalidad de los pedagogos.

Mi otra duda era: ¿qué podía hacer yo con títeres y maestras jardineras?

Muy lejos estaban de mí las maestras jardineras, los niños y sus problemas. Todo esto tan distante de mis objetivos primordiales y aun de mis conocimientos. Pero había una palabra de enlace entre ese mundo desco-



nocido para mí y el mío, el del Arte, el de la creación fuera: era la palabra títere. Fue el "Sésamo, ábrete" de Alí Babá. Fue la curiosidad, el vislumbrar más allá de lo ya existente. Fue el presentir la experiencia. Entonces se apoderó de mí la tentación, tener en mi mano y a mi antojo un medio milenario: el muñeco para que con él pudieran abrirse otros caminos futuros, nuevas experiencias.

La Madre Alicia esperaba la respuesta, mirándome silenciosa, que posiblemente ya estaba en mis ojos. A mi pensamiento mudo respondió: "Véame mañana en el local de la calle Esmeralda."

La Madre Alicia fue el personaje del Profesorado de Jardín. Todos los Profesores nos sentimos atraídos hacia ella, nos subyugó, y todos aquellos profesores de los primeros tiempos la acompañamos siempre; y siempre también hoy la recordamos como recordamos aquellos inolvidables momentos de ese Jardín, que comenzó a vivir en dos piecitas al lado del Colegio de la Santa Unión. En el Profesorado de Jardín, creo que soy una de las únicas Profesoras de aquella época; pero no estoy sola, porque muchos puntales del Profesorado de hoy son aquellas alumnitas de delantal blanco a quienes tanto les costaba aceptar un títere en la mano de la maestra jardinera.

Protestaban, rehusaban, no entendían "para qué" esa pérdida de tiempo; ¡Qué poca fe y qué falta de paciencia! Apoyo a la Cátedra, ninguno; imaginación, nada; esperanza, ¿de qué? Sólo su Directora, la Madre Alicia y yo sabíamos lo que queríamos y también estábamos seguros de adónde queríamos llegar. La experiencia había comenzado.

Muchos años hacía que estaba experimentando con Sarah Bianchi, en nuestro teatro, el público infantil y la



resistencia del medio para aceptar los espectáculos infantiles. Esa fue mi gran escuela, la de la experiencia viva: el niño frente al muñeco.

Sin lugar apropiado, sin los elementos indispensables, comencé por crear un curso de títeres especial, basado en el títere como expresión teatral. Los alumnos aprendieron a confeccionar muñecos, actividad que no pasa de ser artesanía. Aun hoy, en muchos planes de programas oficiales se pone el énfasis en esta parte de la tarea titiritera. ¡Lindos muñecos! ¿Para qué sirven? Para exponerlos en una muestra con un cartelito. Piezas de museo.

El Profesorado de la Universidad del Salvador destinaba dos años a esta materia. Dos años para hacer muñequitos y escuchar las protestas y las incongruencias de los exámenes de las alumnas: "¿Para qué es necesario saber cuándo nació el primer títere? —decían— ... ¡total!..." Y así transcurría el tiempo. En mi mente apasionada, fervorosa de teatro y de títeres, no entraba esa negativa. Traté de mejorar los medios, presté un reta-

blo titiritero de mi propiedad que se destrozó física y espiritualmente. La madre Alicia ya no estaba más, su trabajo la trasladó a otras latitudes.

Yo también viajé por imperiosa necesidad espiritual y artística. Tuve que legar momentáneamente la cátedra a otras manos y la falta de fervor la empobreció. Con el corazón encogido, dolida por la falta de visión, aunque fuera por curiosidad y con la sensación del fracaso, renuncié. Junté las pobres maderas y telones rotos de mi teatro y salí, aceptando mi derrota y mi ignorancia.

Pero los hilos invisibles comenzaron a tejerse. No recuerdo cómo ni por qué fue, pero seguí con mis

títeres a cuestras en esa destrozada cátedra que nadie quería. Pasaron años; muchas maestras jardineras nacidas allí andaban pululando por otras aulas jardineras, volcando y adquiriendo experiencia.

Distraídamente y "sin querer queriendo" que yo no me fuera, los títeres continuaban y se hacían cada vez más necesarios. Formaban una fuerza que con el correr de los años y hasta hoy constituye el bastón de nuestra felicidad actual.

Cuando el Profesorado abrió las puertas a sus ex-alumnos fue realmente un hálito vivificador, joven y entusiasta. Y ya no estuve ni me sentí más sola. La savia joven de las ex-alumnas empezó a desparramar fuerza y sabiduría en un clima de bienestar, ya que todos hablábamos el mismo idioma.

Esa fue la idea. La realidad distaba mucho del ideal, pero la fe estaba recuperada y era posible seguir, aunque fuera pidiendo constantemente todo lo que necesitábamos para convertir los páramos en Paraíso...

Cambios de lugar, cambios de autoridades, cambios de programaciones, cambios, cambios... Hay que recordar la sabia obra de teatro de Alarcón **Mudarse por mejorarse**. Aunque esto no siempre sea así, en el caso de la cátedra de títeres ocurrió y sigue ocurriendo.

Hace tiempo ya que a los dos años específicos de la materia se le anexó uno más y la actividad teatral. Así fue como me enriquecí con más tiempo y con el aporte teatral en mi mano. El empleo del teatro como disciplina para una actividad creadora representaba lo necesario para redondear los programas. Comenzó a ponerse en vigencia nuestro nuevo plan de trabajo, un plan modesto al alcance fácil y entusiasta de los alumnos que tomarían en el tercer año, el último de su carrera, conocimiento teórico-práctico de teatro. Esto las llevaría a una ductilidad en el manejo de todas las posibilidades de ejecución, aplicando las diferentes técnicas

que la maestra jardinera debe esgrimir en su aula frente al niño.

Transcurrieron así algunos años, muy fructíferos en experiencias, pero que a mí no terminaban de conformarme. Siempre faltaba algo y mi "ojo avisor" veía como resultado el desarrollo **vedetístico** del alumnado más que la utilización sabia y aplicada a lo que debe ser: **servir a los propósitos y fines de la maestra jardinera; o sea, crear lo indispensable e importante para el único objetivo real y único depositario: el niño.**

Sucedieron una revisión de planteos, nuevas propuestas, nuevas experiencias.

Esta vez creo que tenemos ya a la vista la meta. Es probable que hayamos acertado y será así gracias al incomparable trabajo y dedicación de los profesores que conforman el equipo del área de teatro.

Sintetizo mi objetivo actual compartido con los profesores: **tanto el teatro como el títere ayudan a la maestra jardinera a desarrollar su personalidad, borrar inhibiciones, adquirir soltura, espontaneidad y gracia frente a sí misma y, por ende, frente al niño.** Formar la voz, mejorar la dicción, desempeñarse con claridad y convertirse en una constante **hacedora en magia** que el niño recibirá con la ingenuidad lógica de su apetencia. Es así como el títere se ha convertido en un verdadero educador, en manos de quien sabe realmente los **porqué** y sabe los **para qué**.

Nuestras experiencias son grandes y abundantes. Pronto podremos tenerlas reunidas para que puedan ser experimentadas por otras maestras jardineras, las de otras latitudes, aquellas que con tanto fervor y entusiasmo se acercaron a mí cuando llegué yo hasta ellas en algún curso, alguna jornada o algún congreso especializado.

Vayan hoy todos estos recuerdos en el año en que la Universidad cumple veinticinco años. Mane Bernardo. Julio 81.



Pinta el primer y tercer animalito de cada renglón.